

EMMA HUNTER

# SOMERSET

No hay nada más excitante  
que un buen escándalo

*Traducción de:*  
ANA GUELBENZU



MAEVA

# 1

—¿CARTA? ¿QUÉ CARTA?

Isabella sintió la mirada inflexible, casi airada, de la vizcondesa Alice Parker clavada en ella y notó que se acaloraba bajo la mantelita de seda. Era un calor desagradable.

Se encogió de hombros.

—Mamá te escribió hace más de una semana —mintió con una naturalidad que le sorprendió incluso a ella, porque no había ninguna carta. Isabella había salido a hurtadillas de casa para marcharse a Bath sin previo aviso.

En el rostro de su tía asomó un rastro de confusión. Sin embargo, justo cuando el silencio entre ellas empezaba a resultar incómodo, por fin *lady* Alice abrió los brazos, se acercó a ella y le dio un abrazo. Isabella notó los enormes pechos de su tía, que el corpiño empujaba hacia arriba, y olió el perfume húmedo y dulzón.

—Pero ahora estás aquí, niña. Qué sorpresa tu visita. —El pesado vestido de seda violeta oscuro de su tía crujía y susurraba con cada movimiento. *Lady* Alice dirigió un gesto impaciente a uno de los criados para que cerrara la puerta de la entrada. Para entonces, además del joven mayordomo que le había abierto la puerta, habían acudido dos criadas más. ¿Cuántas personas trabajaban para la vizcondesa en esa casa?

Isabella miró alrededor con disimulo mientras recorrían el ancho pasillo, todo decorado en blanco y dorado. Lo dominaba una escalera de mármol, flanqueada por dos columnas de estilo griego de media altura. Encima había sendos jarrones con saúcos blancos

recién cortados. Isabella sintió la tentación de olisquearlos, pero prefirió no hacerlo. De todos modos, aún notaba el perfume de *lady* Alice en la nariz; seguro que se le había adherido a su nuevo vestido de viaje color turquesa.

En realidad no era suyo, sino de Elizabeth, que se lo había prestado en un raro acto de lealtad fraternal. «Es tu última oportunidad, no la desaproveches», la había advertido su hermana, y le había colocado la montaña de tafetán verde azulado en los brazos con una mirada de reprobación. Como si Isabella no lo tuviera claro...

—Qué raro que la carta aún no haya llegado —repitió Isabella, y se preguntó si no estaría cargando demasiado las tintas.

—Durante los últimos meses el correo en Somerset se ha vuelto poco fiable. Seguramente los carteros hayan caído de nuevo en manos de algún forajido —protestó su tía mientras atravesaban el vestíbulo.

—Eso debe de ser, exacto. —Isabella relajó las manos, las tenía agarrotadas alrededor del mango del parasol en un gesto muy poco femenino, enfundadas en unos guantes blancos de piel curtida—. Perdona, tía Alice. No quería que mi visita te cogiera por sorpresa. —Puso su mejor cara de culpabilidad.

«Por supuesto que querías, justo ese era el plan.»

—¡Pero tú siempre eres bienvenida en esta casa, mi niña!  
—*Lady* Alice la obsequió por encima del hombro con una sonrisa que parecía cordial y afectuosa. De todos modos, al volverse, Isabella vio por el rabillo del ojo que era demasiado rígida para ser sincera.

En realidad, ¿qué sabía ella de la expresividad de la vizcondesa Parker? De hecho, no la conocía en absoluto. Los padres de Isabella vivían con sus dos hijas en el campo, en Devonshire, y habían pasado varios años desde la última vez que *lady* Alice los había visitado con su marido y sus tres hijos. Isabella debía de tener catorce o quince años. La estancia fue breve y forzada, y las conversaciones no iban más allá de las palabras de cortesía vacías y los rituales protocolarios. Desde entonces no había vuelto a ver a su tía. Isabella nunca había estado en la finca de los Parker al norte de Londres ni

en la casa de Bath. En general nunca había salido de los límites de Devonshire ni había estado en una gran ciudad como Bath o Londres. *Lady Alice* era la hermana de la madre de Isabella y había conseguido un muy buen partido al casarse con el vizconde John Parker. Se fue de Devonshire y no parecía muy ansiosa por mantener el contacto con la familia de Isabella. Los círculos en los que se movían los Parker eran cultos, ricos y, según la sensación que se fue apoderando poco a poco de Isabella, se cuidaban mucho de no mezclarse con otros.

Sin embargo, ahora la joven no podía tenerlo en cuenta.

Su tía se había parado delante de una estancia con las puertas de dos hojas abiertas de par en par. Debía de ser el salón, y puede que fuera solo uno de tantos. Era el hábitat natural de las damas de un hogar distinguido. Allí solían pasar la tarde tomando té, bordando o incluso leyendo; eso sí, no demasiado y nada de lecturas muy exigentes, ni mucho menos políticas o académicas. Podían desequilibrar el ánimo apacible de las damas respetables y, en el peor de los casos, desembocar en una dolencia nerviosa, tal y como había explicado el pastor Williamson en su última visita a Roswell Park, el hogar paterno de Isabella. Lo dijo con una mirada acusatoria clavada en la tapa del libro que ella tenía en el regazo. Era *Sobre las localizaciones y las causas de las enfermedades, investigadas desde el punto de vista anatómico*, de Giovanni Battista Morgagni y, en aras de la paz y por proteger los nervios de su madre, Isabella se apresuró a cambiar la obra por un número antiguo y manoseado de *Ladies' Magazine*.

Por supuesto, el pastor Williamson sabía qué hacía Isabella en su tiempo libre, y, como eclesiástico, era una espina que tenía clavada hacía años. Isabella no bordaba, apenas pintaba y solo practicaba con el clavicémbalo cuando la obligaban.

Tenía otro interés, incluso una pasión.

El padre de Isabella era cirujano, y siempre que podía lo acompañaba en sus visitas médicas, incluso lo ayudaba en las operaciones. A su madre le parecía muy poco apropiado para una mujer, pero para ella la imagen de la más mínima herida ya era un horror, y le

daba igual lo que hiciera su marido durante la larga jornada laboral. El único vínculo que tenía la madre de Isabella con la medicina era el de gastar el dinero que su padre ganaba gracias a ella.

«Las mujeres acaban embrutecidas con esas actividades —adoc-trinó el pastor a su padre—. Les hacen perder todo el sentido de la decencia y la moral y merman su sensibilidad, el mayor don que poseen.»

Bueno, en vista de la metedura de pata de Isabella en el baile de la duquesa de Devonshire, puede que al pastor Williamson no le faltara razón.

—¿Y quién te acompaña? —preguntó *lady* Alice, mirando a la mujer joven que las seguía. Sin duda, quería averiguar si debía in-vitarla también a pasar al salón.

—Es Betty, mi compañera de viaje. —Vaciló—. Y también mi criada.

«Eso ha sido bastante absurdo.»

O estabas ante una criada o ante una dama de compañía, nunca eran la misma persona. Seguro que poco a poco *lady* Alice iría cap-tando que allí algo no cuadraba.

Betty hizo un gesto educado con la cabeza, pero la mantuvo baja, recatada. A Isabella le sorprendió la timidez de Betty, y pensó que no tenía modo de saber cómo debía comportarse una sirvienta en una casa tan distinguida. *Lady* Alice la escudriñó con la mirada, solo durante unos segundos. Tampoco hacía falta más. El vestido y el abrigo de Betty eran de un tosco tejido de algodón marrón y, en vez de sombrero, como correspondía a una dama de categoría, llevaba solo una cofia blanca; además, un llamativo ribete de mugre le de-coraba los zapatos. Con una sonrisa forzada, *lady* Alice dirigió las siguientes palabras a una de las dos criadas:

—Rose, ocúpese de nuestra otra invitada. —Remarcó esta última palabra, y a Isabella no le pasó por alto el tono de desaprobación.

Por supuesto, Betty no era una acompañante de su nivel social, eso ya lo sabía Isabella. Era la hija soltera del arrendatario de su finca agrícola, y solo era unos años mayor que Isabella. En el fondo, Betty ni siquiera la conocía bien. De vez en cuando intercambiaba

unas palabras con ella cuando se encontraban por ahí. Isabella había estado presente varias veces cuando su padre curaba a uno de los hermanos de Betty, que se rompían huesos con una frecuencia pasmosa. Isabella estaba tan desesperada como para pedirle a una mujer casi desconocida que fuera con ella. No podía ofrecerle mucho dinero, pero necesitaba encontrar a toda costa una dama de compañía. Cualquiera. Una joven dama no podía irse de casa así, sin más, ni mucho menos viajar, si no contaba con compañía a su lado. Por lo general era una mujer de mediana edad, no muy atractiva, pero de firmes convicciones.

Las malas lenguas dirían incluso que las damas de compañía eran conservadoras y chapadas a la antigua, sobre todo en la mentalidad y los modales.

Viejas solteras, vamos: pobretonas, solas y amargadas.

«Es lo que te pasará a ti si no te controlas ahora.»

Al ver que la mirada de su tía se enfriaba, Isabella comprendió que poco a poco iba entendiendo qué hacía allí su sobrina. Nadie se llevaba a una criada cuando viajaba para una visita breve, sino solo si tenía pensado quedarse más tiempo: varias semanas, o meses. Isabella le dio las gracias moviendo los labios, Betty le contestó con un gesto de asentimiento apenas perceptible, y de algún modo tuvo la sensación de que ya era su aliada. Se alejó con la criada llamada Rose, probablemente a la cocina del servicio en la parte trasera o en el sótano.

—¿A qué se debe la gran alegría de tu visita? —preguntó *lady* Alice como si nada, mientras la segunda criada, una chica flaca de mirada triste con una cofia sobre el pelo castaño mate, le quitaba a Isabella la manteleta y el parasol.

Isabella se fijó en la mano de la empleada: en la piel cubierta por la manga asomaba una mancha de color granate. Miró a la chica a la cara, intrigada: ¿no se había estremecido también cuando ella le había dado la capa?

—Estaba todo en la carta que no te ha llegado, claro. Mamá preguntó...

«No, no puede ser.»

—¿Se ha escaldado? —preguntó Isabella, al tiempo que señalaba la herida.

La joven la observó con creciente horror antes de lanzar una mirada insegura a la vizcondesa.

—Enséñemela. —Isabella le agarró la mano antes de que la criada pudiera esconderla detrás de la espalda. Ocurría a menudo que los pacientes de su padre ocultaran sus heridas, ya fuera porque no tenían dinero para pagar el tratamiento o porque les daba vergüenza. El ser humano encontraba miles de buenos motivos para no dejarse ayudar.

—Fue hace unos días, ¿me equivoco?

—Isabella, me sorprende mucho... —Era evidente el tono enojado en la voz de *lady* Alice.

No era en absoluto lo que Isabella necesitaba en ese momento.

Se quitó también el sombrero para ganar tiempo y, cuando se lo puso en la mano a la criada, le explicó, en voz baja pero rápido:

—Vaya a ver a la cocinera y pídale clara de huevo para untársela en la herida. O hágase compresas con tila.

La chica se despidió con una reverencia, pero a Isabella le pareció ver que asentía un momento, agradecida.

*Lady* Alice la miraba ahora un tanto atónita.

—Perdona, tía Alice.

«No es tu deber ocuparte del servicio de la vizcondesa. Tu objetivo es salvarte el pellejo, así que hazlo.»

—Por cierto, mamá quería pedirte algo —retomó Isabella la conversación, y se permitió echar un vistazo al espejo con marco de oro, mayor que el tamaño natural de una persona, situado detrás de su tía. Con un gesto hábil, se sujetó mejor en el recogido alto uno de los rizos rubios que se le había soltado al quitarse el sombrero. Como si la conversación que estaba iniciando y aquello que iba a pedir fueran una minucia, incluso una obviedad.

Sin embargo, no lo era, Isabella estaba tan alterada que notaba el latido del corazón en el cuello.

—Quería pedirte si cabría la posibilidad de que yo pasara toda la temporada con vosotros —terminó, y desvió la mirada de nuevo hacia

su tía, a la expectativa, escudriñándola y un poco suplicante. Cuando Isabella fue consciente de esto último, procuró recuperar la sonrisa triunfal. Su tía no podía notar que tenía miedo o se sentía culpable, no podía pensarlo bajo ningún concepto. Tampoco podía llegar a saber jamás que Isabella, como toda explicación, solo había dejado una carta en la almohada antes de huir a Bath sin decírselo a sus padres. No se podía definir de otra manera su precipitada marcha de Lydford:

Una huida.

Isabella necesitaba marido, lo antes posible. De lo contrario su reputación y la de su hermana se verían muy perjudicadas. Todo dependía de que su tía la acogiera bajo su ala y la ayudara a conseguir un partido adecuado.

*Lady Alice* no dijo nada, pero indicó a Isabella que la siguiera al salón. Los techos estucados eran tan altos como en el vestíbulo, la decoración combinaba con armonía el amarillo y el verde claro. Isabella procuró no quedarse boquiabierta. Su familia pertenecía a la baja nobleza provincial de Devonshire. Además de la consulta quirúrgica, su padre se dedicaba también a una modesta explotación de cría de ovejas. No eran pobres ni mucho menos, pero la mansión de Roswell Park y las estancias de su familia se le antojaban rústicas y humildes en comparación con la pompa y el esplendor que predominaban en casa del tío John y la tía Alice en Royal Crescent.

Los distintos edificios conformaban una suntuosa construcción gigantesca, terminada pocos años antes para las docenas de familias nobles y ricas que querían pasar la temporada en Bath. Incluso *The Gentleman's Magazine* se había hecho eco de la noticia, y como Isabella solía robarle la revista del regazo a su padre cuando este echaba una cabezada por las tardes, ya lo había leído. A su llegada, cuando el carruaje se acercaba, la construcción le había recordado a Isabella más a los dibujos del Coliseo de Roma que a una vivienda. Saltaba a la vista que era uno de los domicilios más ansiados de la ciudad; además de recursos económicos suficientes, para ocupar una de las numerosas viviendas de Royal Crescent había que contar también con los contactos adecuados. Sin duda, al vizconde John y la vizcondesa Alice Parker no les faltaban.



*Lady Alice* se acomodó con elegancia en el sofá tapizado con seda amarilla y le indicó con un ademán a Isabella que se sentara enfrente. En la mesita que quedaba en el medio ya había una jarra y varias tazas de una finísima porcelana con unas delicadas rosas pintadas.

—Debo decirte, hija, que no puede ser.

La muchacha notó una punzada de pánico y reprimió un carraspeo nervioso.

—¿Sabes, tía Alice? Ya tengo casi veintiún años, y en el campo hay tan pocas opciones de salir y...

No le resultaba fácil pronunciar aquellas palabras. Lo que acababa de afirmar no era del todo cierto. En realidad, no lo era en absoluto, porque desde luego que había bailes y veladas, y un montón de caballeros en Devonshire.

—... conocer a un joven caballero. —Isabella concluyó la frase con esfuerzo, aceptó agradecida la taza de té que le ofrecía y bebió varios sorbos largos.

Cuando su tía levantó las cejas, Isabella dejó enseguida la taza. Tenía sed, una sed increíble tras el largo trayecto en coche de caballos, pero sobre todo sentía un gran alivio por haber expuesto su deseo de una vez, y por un momento había perdido el control. Notó que se le sonrojaban las mejillas.

Una joven damisela no bebía varios tragos de una taza así. Le daba un sorbito y a continuación volvía a dejar la taza sin hacer ruido y con movimientos garbosos. Por no hablar de las pastitas que tenía delante en una bandeja con el borde dorado, con ese olor tan tentador. Seguro que estaban recién salidas del horno. Una dama ni las tocaba. No solo era poco elegante comerlas porque se desmigajaban y podían incluso dejar manchas de grasa en los finos vestidos de seda. Sobre todo era por el corpiño, que Isabella llevaba como toda mujer de categoría; le apretaba la cintura y no le dejaría aire para respirar si comía demasiadas.

—¿Entonces cuál sería tu acompañante si te quedaras aquí, en Bath? —reflexionó su tía—. Yo no tengo tiempo para prestarte la debida atención y acompañarte.

—Por supuesto que no, tía Alice, pero tengo a Betty. —Era un lamentable intento, Isabella lo sabía.

—¿Tu criada? Sin duda no es una compañía adecuada. Puede que sí en el campo, de donde vienes.

No, en el campo tampoco lo era, pero Betty era la única mujer soltera que se le ocurrió a Isabella con las prisas. Además, le había prometido no contar a nadie sus planes de huida, que era el requisito más importante. Isabella tampoco le había ido con muchas exigencias.

—Aquí, en Bath, la etiqueta es de vital importancia. —*Lady Alice* bebió un pequeño y silencioso sorbo de su taza de té, volvió a colocarla en el platito con mucha calma y dejó todo en la mesita que tenía delante. Isabella la siguió con la mirada, fascinada. Cada movimiento de su tía y todo lo que hacía parecía premeditado, como una ceremonia, Isabella no osó tomar la palabra mientras lo hacía.

—Entonces solo saldré cuando estén también mis primos —propuso Isabella. En ese preciso instante cayó en la cuenta de lo precipitada que era la idea. Apenas conocía a sus primos. ¿Y si dejaban que se pudriera allí? ¿Y si ahora Isabella pasaba semanas en una de las numerosas habitaciones de invitados y de algún modo salía a la luz lo sucedido en aquel funesto baile de la duquesa de Devonshire? Entonces jamás encontraría marido.

—Además, al vizconde no le hará mucha gracia que se presente aquí una sobrina suya sin avisar —añadió su tía.

«¿Al vizconde? ¿O a ti?»

*Lady Alice* se avergonzaba de su familia. No en vano, casi no había visto a sus parientes durante los últimos años, aunque Bath estuviera a solo unas horas en coche de Lydford, la población junto a la cual se encontraba Roswell Park. Pese a todo, Isabella se había jurado convencer a su tía. Quizá su padre era menos rico que los Parker. Puede que a Isabella le pareciera más emocionante leer sobre anatomía humana que adornar su multitud de capotas con plumas y nuevos ribetes de encaje, pero tanto ella como su hermana habían recibido una buena educación. Isabella sabía comportarse y conocía los códigos de la etiqueta. Tampoco eran muy complicadas para las jóvenes damiselas. La regla de oro era la discreción. Servía para las conversaciones de cortesía carentes de contenido que solían limitarse al tiempo y a la selección cromática del propio vestido, pero

también para los bailes en las veladas en las que una no podía divertirse demasiado. Por supuesto, la discreción también se aplicaba a la sonrisa. Solo se podían enseñar un poco los dientes para luego bajar la vista, con recato. Lo ideal era ruborizarse también un poco. Eso sí, una señorita no se reía de verdad.

—¿No crees que tus tres hijos llamarían más la atención si se presentaran en los actos sociales de Bath en compañía de una joven dama? —Isabella sabía que llevaba razón. En los bailes las damas solían atraer toda la atención y, si Isabella deslumbraba lo suficiente con su vestido, con ella a su lado sus tres primos también causarían mucha más sensación. Despertarían el interés de otras damas, y ese era el deseo de su tía: que sus hijos contaran con la mayor cantidad de opciones posible antes de atarse a una joven señorita a la que cortejar. Así funcionaba el juego del amor. Bueno, más bien el juego del dinero, pero ahora Isabella no quería pensar en eso...

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? Esta temporada tengo que concentrarme en encontrar una candidata adecuada para Edward, y a poder ser también para James.

—¿Y no sería útil tener a alguien a tu lado que también echara un ojo a mis tres primos? —insistió Isabella—. ¿Alguien que entienda cómo piensan las jóvenes casaderas y sepa interpretar su conducta?

—¿Y precisamente tú quieres ser esa persona? ¿No acabas de decirme que has tenido muy pocas ocasiones de conocer a alguien? No tienes experiencia en ganarte a las jóvenes damiselas. Vienes del campo...

—Como la mayoría aquí, en Bath. Imagino que algunas intentarán despertar el interés de tus hijos... —repuso Isabella a media voz, y bajó la mirada. Durante todo el trayecto en coche había tenido tiempo de preparar argumentos para convencer a su tía, y notaba que poco a poco iba ganando posiciones—. Por supuesto, mis primos Edward, James y Philipp no necesitan una consejera matrimonial, ya sé que sus modales son impecables y saben muy bien en qué fijarse a la hora de buscar novia... —Por un instante temió haberse pasado de la raya, pero su estrategia surtió efecto.

—Claro, claro, están bien educados, los tres —confirmó su tía. Era una mentira como una casa, porque, aunque Isabella se hubiera criado en los remotos confines de Dartmoor, estaba segura de que las noticias sobre el (¿cómo lo había llamado su madre?) «libertinaje» de Edward y James habían llegado hasta Roswell Park. Los hermanos Parker no se perdían una, eso seguro.

—¿Y cómo piensas encontrar tú un marido mientras atiendes a mis tres hijos? —preguntó la tía Alice, y a Isabella le dio un pequeño vuelco el corazón. ¿De verdad podía quedarse?

—El vínculo familiar con el vizconde Parker ya es suficiente para despertar el interés de los caballeros, ¿no te parece?

Si su tía no aceptaba ese halago, Isabella había gastado su último cartucho, y tendría que suplicar de verdad.

Isabella notó que *lady* Alice clavaba una mirada indecisa en ella.

—En el caso de una joven damisela con modales exquisitos, tal vez. Si sabe comportarse.

—Disculpa mi conducta, tía Alice. Estoy agotada del viaje, y la sorpresa de que ni siquiera haya llegado la carta de mi madre me ha hecho sentir un poco... insegura. —Isabella hizo una pausa a su tía a los ojos—. No te defraudaré. Te lo prometo.

Era lo que se había propuesto Isabella: llamar la atención y gustar. Acudir a bailes y veladas y encandilar a los hombres, entablar conversaciones amenas sin hablar demasiado ni muy alto. Se comportaría justo como exigían el decoro y la moral hasta que uno de los muchos caballeros de Bath le propusiera matrimonio. Ejercería de esposa, engendraría a un heredero, o mejor, a una camada entera, y viviría su vida feliz y satisfecha en la mansión de un hombre rico.

Isabella se aclaró la garganta, cada vez que lo pensaba se le encogía un poco el estómago, pero se empeñaba en obviar esa sensación.

En cambio, sonrió con un brillo en sus enormes ojos color ámbar.

—Por favor, tía Alice. Tú tuviste la suerte de encontrar a un auténtico caballero y casarte con él, pero sabes lo difícil que es para

una mujer de Dartmoor encontrar a un buen candidato. ¿De verdad vas a negarle su mayor deseo a tu sobrina mayor?

La mujer soltó un bufido, agobiada, y entonces Isabella supo que había ganado.

## 2

ISABELLA MIRÓ UN momento de soslayo a Betty, que caminaba a su lado. Los tacones castañeteaban al unísono sobre los adoquines, de hecho, a Isabella le gustaba andar. En casa, en Dartmoor, solía caminar largos tramos en el pueblo de al lado, sobre todo si su padre estaba otra vez fuera con el coche. Sin embargo, en ese momento le costaba seguir el ritmo, no tanto por no estar en forma como por la afición de su hermana al tafetán, que estaba de moda. Isabella volvía a llevar el vestido de viaje color turquesa de ese tejido pesado y rígido, y ahora se veía obligada a caminar más despacio porque la falda se bamboleaba a cada paso como una campana de iglesia al repicar.

Isabella no se sentía a gusto. Tal vez fuera porque llevaba un rato caminando en silencio junto a su acompañante, se preguntaba si podía entablar conversación con Betty Hartley y cómo hacerlo. En realidad, con el servicio no se hablaba.

— Betty...

— Señorita Woodford...

Habían empezado a hablar a la vez. Las dos se rieron avergonzadas, luego Isabella se apresuró a decir:

— Gracias por ayudarme esta mañana con el pelo.

— Creo que es mi deber.

— Bueno, supongo que tienes razón — dijo Isabella.

Al fin y al cabo, Betty era la criada de Isabella. O su acompañante y compañera, o su dama de compañía... En realidad no era nada de eso. Solo había accedido a acompañar a Isabella a cambio

de un sueldo de miseria y de encubrir su temerario plan de encontrar marido en Bath.

Por eso las dos fingían ser algo que no eran.

A Isabella le daba la impresión de que la vida en Bath era un teatro en el que ella y Betty actuaban como actrices. Intentaba convencerse de que encontrarían su papel. Se acostumbrarían y acabarían dominándolo.

Esa mañana a primera hora Betty había llamado a la puerta de la habitación de Isabella para ofrecerle su ayuda, e Isabella se había sentido aliviada solo con ver una cara conocida.

En efecto, tenía un problemilla con el pelo.

La noche anterior Isabella se había aseado a conciencia en su jofaina y a continuación se había acostado con el pelo húmedo. No había tenido paciencia para enrollarse los rizos. Por supuesto, por la mañana los mechones rubios salían disparados en todas direcciones.

—A primera hora de la mañana tenía la misma pinta que el poni de las islas Shetland de mi hermana.

Betty soltó una carcajada, y a Isabella le encantó oír su voz cálida. Además, le gustaba que alguien compartiera su sentido del humor, sobre todo porque no era nada propio de una señorita. Tenía que quitarse esa costumbre cuanto antes. Como tantas otras...

El caso es que había pasado más de una hora con Betty y las tenazas de hierro de su tía, que daban un poco de miedo, intentando poner orden en el caos que era su cabeza.

—En realidad nos las hemos arreglado bastante bien, ¿no?  
—preguntó Betty.

—Yo también lo creo. *Lady Alice* tampoco ha hecho ningún comentario mordaz. El peinado está bien.

En ese momento llegaron a la puerta de una cafetería muy concurrida. Como en todas las grandes ciudades, en Bath había bastantes establecimientos de ese tipo; eran puntos de encuentro populares para conversar, politiquear, hacer negocios, intercambiar los últimos chismorreos y, por supuesto, disfrutar del café amargo recién hecho.

Isabella cerró los ojos un momento y aspiró el aroma tentador que se colaba por las rendijas de la puerta e inundaba toda la calle. Lo que habría dado por tomarse una tacita minúscula...

No vio que se abría la puerta y alguien se paraba. Isabella abrió los ojos al oír una leve expresión de sorpresa. Una mujer joven vestida con elegancia estaba a unos pasos de ella y la observaba intrigada. Luego empezó a sonreír.

—Sabe que lo está deseando —dijo guiñando el ojo, como si hablara con alguien afín. Isabella se sintió avergonzada.

Quería entrar, claro que sí, pero no podía. El segundo día no podía tomarse ya unas libertades que en realidad no le correspondían. A decir verdad, no podría hacerlo durante toda su estancia en Bath.

Pero ¿qué más daba? Un cuarto de hora, no necesitaría más. Aún no conocía a nadie en la ciudad, no llamaría la atención entre tantos clientes. Sabía que en Bath las costumbres eran distintas que en el resto del reino. Sus tres primos se vanagloriaban el día anterior de lo distinta que era la vida allí. «¡Las mujeres van a bañarse e incluso a las cafeterías, imagínate!»

Isabella se permitió echar un vistazo a través del cristal. Una luz cálida iluminaba la estancia de techos altos, y oyó que llegaban hasta ella las voces amortiguadas. No solo masculinas, también femeninas, y numerosas. ¿Estaba bien visto que una señorita, tras la refrescante visita matutina a Pump Room, donde se había tomado un vaso del agua medicinal, pasara un rato agradable en una cafetería?

—Es... ahí dentro se está bien —oyó decir a la mujer. La voz sonaba clara y amable, a Isabella la joven le cayó simpática al instante. Llevaba un vestido brillante color vino, ceñido, una manteleta corta a juego y un sombrero del mismo color que tapaba una parte de los rizos castaños oscuros, parcialmente recogidos. En la mano enguantada sujetaba una fusta. En la piel ligeramente morena vio un reflejo bronceado, tenía los labios gruesos y los llevaba bien maquillados, o eso le pareció a Isabella. Los ojos oscuros bajo las pestañas negro azabache lucían un brillo amable y... misterioso. Algo divertía a la damisela porque sonreía, y al hacerlo aparecieron dos



hoyuelos fascinantes en las mejillas. Debía de ser tres o cuatro años mayor que Isabella, y encima era de una belleza arrebatadora. Isabella se dio cuenta de que no le quitaba ojo de encima y bajó la mirada.

—No tengo tiempo, por desgracia — se apresuró a decir.

La mujer asintió como si Isabella le hubiera presentado un argumento convincente. No lo era porque hacía poco que había salido de casa de los Parker para pasear con Betty en dirección a Queen's Square y familiarizarse con el nuevo entorno.

Como si la desconocida le hubiera leído el pensamiento, se le dibujó una sonrisa cómplice en el rostro.

—Es por el aroma, ¿verdad? — Sonrió—. Ese aroma delicado, fragante, es como una promesa. Y la sensación cuando tomas el primer sorbo y el sabor se expande en la lengua... Y el efecto revitalizante que invade todo el cuerpo al cabo de un ratito...

Isabella reprimió un hondo suspiro. ¡Cuánta razón tenía esa mujer! Café. Era su vicio. Uno de tantos, como no paraba de reprocharle su madre.

Le encantaba el aroma intenso de esa bebida, y el dulzor del azúcar, que siempre se juntaba en el fondo de la taza con los posos del café. Y, por supuesto, el sabor fino y cremoso de la nata que coronaba la taza y que prefería no remover y probar al principio, para luego, tras unos cuantos sorbos, avanzar con el café amargo. Por supuesto, eso solo lo hacía cuando estaba sola.

—De verdad, pueden pasar y echar un vistazo, nada más — propuso la mujer de rojo, que sujetó la puerta y así permitió que les alcanzara una oleada de ruido y olor a café.

—A mi tía no le gustan las cafeterías y mucho menos el... café — se disculpó Isabella.

—¿Y me va a revelar también el nombre de su tía?

—*Lady Parker*.

Isabella estuvo a punto de pasarlo por alto. La mujer de rojo seguía sonriendo con simpatía, pero por un instante entrecerró los ojos. Fue solo una fracción de segundo, pero se había percatado.

—Ah, entonces es usted Isabella Woodford, recién llegada ayer de Devonshire.

—¿Cómo...?

—Esto es Bath, aquí no pasa nada sin que al día siguiente lo sepa la ciudad entera. Sobre todo si hablamos de quién acaba de llegar. Incluso suenan las campanas para saludar a todos los recién llegados. —Esbozó una media sonrisa, al tiempo que sacudía la cabeza—. Una solemne tontería.

«Aquí no pasa nada sin que al día siguiente lo sepa la ciudad entera.»

Isabella cerró los ojos, le costó tragar saliva.

—Venga, Betty, nos vamos.

—Pero si lleva hasta una acompañante. —La mujer señaló a Betty con la cabeza—. Ni siquiera su tía podría reprocharle nada si se tomara un café en compañía, ¿no?

—No la conoce usted bien —la contradujo Isabella con evasivas. En realidad no sabía si su tía armaría un escándalo por una visita a una cafetería o no. Era más una sensación que le decía a Isabella que no era en absoluto buena idea poner un pie en ese establecimiento.

—Mejor de lo que cree —murmuró la mujer, y por un instante Isabella tuvo la impresión de que torcía el gesto. Debía de haberse confundido.

—¿Conoce a mi tía? —preguntó—. ¿Puedo saber su nombre?

—Señora Rebecca Seagrave. Soy la propietaria del White Lion. Si no tuviera una reunión urgente, la invitaría personalmente a mi cafetería. —De nuevo Isabella se sorprendió mirando fijamente a la mujer. Era muy joven para dirigir un hostel. Es más, Isabella nunca había conocido a la dueña de un hostel, pero siempre se las había imaginado bastas, gritonas y fuertes. En todo caso no tan delicadas y elegantes como esa mujer.

La señora Seagrave se inclinó con confianza hacia Isabella y continuó con cierto tono irónico:

—Entonces yo le diría que no se acerque demasiado a ninguno de los clientes masculinos. Cuando alguien nuevo llega a la ciudad, primero tiene que ser presentado oficialmente en sociedad por el maestro de ceremonias. —Alzó los ojos hacia el cielo, y el gesto dejó muy claro qué pensaba de esa costumbre—. Por desgracia, el

señor Hickey no aguanta bromas en ese sentido. Sería un escándalo que le arrebatáramos ese honor y por tanto lo despojáramos de su razón de ser. Mucho me temo que ni usted ni yo queremos eso.

Isabella seguro que no. Asintió, se alisó la falda y se despidió con un breve gesto de la cabeza. Ya había cometido suficientes errores, lo último que necesitaba en ese momento era un escándalo que pusiera en duda su firmeza moral. Otro no.

—Pero, en realidad... —oyó Isabella a su espalda, y se detuvo—. También puedo llegar un poco tarde a mi reunión. Incluso creo que llegar tarde marca un estilo.

Isabella se dio la vuelta y vio una expresión pícara en el rostro de Rebecca Seagrave.

—¿Puede? —contestó, indecisa. A decir verdad, no tenía ni idea de qué era tener estilo y qué no.

—Vamos, señorita Woodford. La invito.

—Creo que no puede ser. —Si Isabella enojaba a su tía el segundo día, seguro que la enviaría de vuelta a Lydford antes de que ni siquiera le diera tiempo a decir su nombre—. Y si de verdad conoce a *lady* Parker, seguro que sabe por qué.

Había sonado un poco más despectiva de lo que pretendía. No era muy inteligente decir algo así delante de una desconocida. Una joven damisela sonreía, asentía y callaba. «El silencio de una mujer es su mayor logro», ¿no lo dijo una vez un filósofo? ¿Tal vez Maquiavelo?

—Aquí la etiqueta lo es todo, lo sabe muy bien. Sobre todo para la vizcondesa. —La señora Seagrave cogió de la mano a Isabella con naturalidad—. Por eso también debería saber que en realidad no tiene de qué preocuparse si yo la invito. Así yo sería su dama de compañía, de hecho me ofendería un poco si ahora rechazara mi oferta. —Le guiñó el ojo mientras mantenía la puerta que daba a la sala abierta, y poco a poco a Isabella la invadió la sensación de que daba igual lo que dijera o hiciera porque se equivocaría de todos modos. Moverse en el escenario social de Bath era como bailar sobre las brasas.

—Pero muy poco rato, de verdad —accedió, pues era cierto que ya había pasado tiempo suficiente fuera de casa. Cerca del Royal

Crescent, Betty y ella habían pasado por delante del bien surtido escaparate de una librería, e Isabella no lo había podido evitar y había entrado. Sabía lo que buscaba: el nuevo ensayo de John Hunter, el legendario cirujano con el que había estudiado su padre, *Tratado sobre la sangre, las inflamaciones y las heridas de bala*. Lo había visto sobre el escritorio de su progenitor, aún intacto. Aunque no supiera que Isabella hojeaba sus libros a escondidas y que los leía cuando él no estaba en casa, o por lo menos fingía no saberlo, jamás le sorprendía que en las consultas domiciliarias de pronto su hija aplicara nuevos métodos. A veces incluso le guiñaba el ojo con orgullo cuando hacía algo bien. Seguramente siempre había deseado tener un hijo que pudiera hacerse cargo de su consulta algún día, pero Dios solo le había concedido dos hijas, y ninguna podría seguir sus pasos. Era del todo impensable que una mujer fuera cirujana.

Isabella no pudo contenerse y se compró el tratado de John Hunter también en Bath. El librero arrugó la frente, confundido, pero luego incluso se lo envolvió en un discreto papel marrón, y ahora Isabella lo sujetaba en la mano, pesado y prometedor.

En realidad no le importaba estar fuera mucho tiempo porque sabía que iba a pasar toda la tarde con su tía en el salón. La cena de la víspera se le había hecho eterna, sobre todo porque sus tres primos, y en particular su preferido, Phillip, se despidieron tras un breve saludo para irse a un club de caballeros. La familia siempre pasaba solo la temporada de verano en Bath, y en invierno se mudaban a su finca rústica al norte de Londres. Hacía solo dos semanas que volvían a estar en Bath, el invierno había sido largo y tedioso, según le había contado Phillip, y ahora tenían que, ¿cómo lo había expresado?, «volver a adaptarse al nuevo entorno».

Phillip el Pecoso le caía bien. Solo tenía un recuerdo vago de su último encuentro. Por aquel entonces acababa de alcanzar la mayoría de edad, crecía cada día que pasaba y se reía mucho. Seguía haciéndolo, a diferencia de sus hermanos mayores, que la saludaban con mucha educación, pero también con cierto desdén, para luego ignorarla sin más. Después de cenar con sus tíos, Isabella quiso ser útil y preparar el café, pero su tía le dejó muy claro de inmediato que

el ser útil no era un logro al que debía aspirar una señorita. Y que, de todos modos, en su casa no había café, ese brebaje del demonio.

Así habían empezado ya sus problemas a primera hora de la mañana en la mesa del desayuno. Isabella se había bebido varias tazas de un té insípido y aguado, despacio y con educación, por supuesto. Del todo insatisfecha, luego decidió ir a dar un paseo para mantener a raya el inminente dolor de cabeza.

No estaba previsto visitar una librería y luego encima una cafetería, la verdad.

Nada más entrar, Isabella se vio envuelta en el calor, el ruido y el olor a humo y café como si fuera una nube que la llevaba del brazo de la propietaria a la barra de madera bien pulida. Detrás había una señora mayor que la miraba con cara de pocos amigos, vestida con cofia y delantal blancos, que saludó con la cabeza a la señora Seagrave; esta se limitó a levantar dos dedos y, sin hacer más preguntas, la mujer se puso a servir café de una jarra grande en dos tazas altas de porcelana. Con una jarra metálica las acabó de llenar generosamente con nata hasta el borde, y las dejó sobre un platillo delante de Isabella con tal habilidad que el contenido no se derramó.

—Discúlpeme un momento, ahora mismo vuelvo. Pero pruébelo mientras tanto y dígame qué le parece el café —dijo la señora Seagrave, que desapareció tras una puerta de madera. Isabella se cercioró de que Betty aún estuviera cerca y dejó el libro sobre la barra. Agarró con cuidado el asa de la taza, la equilibró en los labios y le dio un sorbo a la bebida humeante. El café estaba a la temperatura justa para beber, así que le dio el primer sorbo, cerró los ojos y disfrutó de la agradable sensación y del sabor a la vez amargo y cremoso en la lengua.

Pese a estar tan concentrada en el café, notó un cambio alrededor, una presencia a su lado, pero tal vez fuera solo una ráfaga de aire. Abrió los ojos y vio a un hombre en la barra a tres pasos de ella.

Era alto, Isabella en seguida se fijó en eso. Estaba de perfil, tenía la nariz tan recta y la barbilla con una forma tan perfecta que parecía una estatua griega. A diferencia de la mayoría de hombres de la cafetería, no llevaba peluca, sino los rizos de color castaño oscuro bien cortos.

Isabella había oído hablar de ellos, incluso había visto a algunos en Devonshire una o dos veces. Eran sobre todo hombres jóvenes, en particular sin título nobiliario. Renegaban de las pelucas y todo lo que encarnaban desde hacía casi ciento cincuenta años: nobleza, abundancia, las exigencias al Estado por parte de una élite. Lo había leído en artículos de prensa que hablaban sobre un cambio en la sociedad que Isabella en muchos casos no había entendido del todo. Rara vez su padre sentía la necesidad de explicar algo a su hija mayor sobre la actualidad política del país, y solo cuando su mujer no estaba presente. Sin embargo, Isabella había entendido que las pelucas, que hasta poco antes eran un elemento imprescindible en la imagen de un caballero, poco a poco iban perdiendo peso. Ahora había surgido un nuevo tipo de hombre que siempre enseñaba el pelo, por lo general con un peinado corto y sin empolvar. Se burlaban de los que llevaban zapatos con hebillas y de la aristocracia, para ellos un título nobiliario que equivalía a decadencia y depravación espiritual.

El hombre llevaba un frac azul marino de corte perfecto hasta las rodillas, debajo un chaleco gris brillante y en el bolsillo del pecho, un pañuelito blanco. Estaba erguido, con el brazo apoyado en la barra, relajado, y pese a la chaqueta Isabella, vio que estaba musculado, no como la mayoría de clientes nobles de la cafetería. Irradiaba fuerza y virilidad y, aunque la joven había aprendido desde pequeña que las pelucas, los pantalones abrochados a la altura de las rodillas, los rasgos faciales delicados y los cuerpos masculinos elegantes y delgaduchos eran el ideal de belleza en el que fijarse y al que aspirar, no podía apartar la vista de ese desconocido.

Todo en él era meticuloso y ordenado, incluso los movimientos transmitían precisión. El semblante serio, las frases escuetas que intercambiaba con la señora que atendía la barra de la cafetería, las monedas que le dio después: nada parecía casual.

El atuendo era demasiado refinado para que se tratara de un funcionario, y el aspecto y el comportamiento eran muy distintos a los que ella conocía de los caballeros nobles.

Debía de ser uno de esos industriales que habían aparecido de pronto en el mapa durante las últimas décadas. Tal vez fuera un

próspero comerciante o un banquero. «Nuevos ricos — le pasó a Isabella por la cabeza —. La futura élite del país», los llamó una vez su padre.

El hombre debió de notar su atención porque giró la cabeza, al principio como si buscara algo, hasta que cruzaron las miradas. Isabella se quedó sin aire por un instante.

La luz, que caía en un ángulo oblicuo, le iluminó los ojos, que a Isabella le recordaron al color de los numerosos lagos de Dartmoor, cuando el sol se reflejaba en ellos en verano y convertían la superficie en un espejo de color turquesa. Era una mirada fresca e inteligente; Isabella tuvo la sensación de que la había calado y juzgado nada más verla.

Ella se volvió, notó que se le aceleraba el corazón y bebió otro sorbo de la taza.

Unas nubes de humo pasaron entre los dos y le hicieron cosquillas en la nariz a Isabella, que no se quitaba la sensación de que el hombre seguía mirándola. Se armó de valor y se volvió hacia él.

No se equivocaba: sus miradas se enredaron de nuevo.

«Aparta la vista. Aparta la vista ahora mismo.»

Pero era incapaz.

Entonces la asaltó un recuerdo. En realidad fue su cuerpo el que se acordó, y de pronto notó un cosquilleo en las venas que fue hasta el bajo vientre y...

Isabella tragó saliva. Conocía a ese tipo de hombres.

Ya había notado esa mirada una vez. Un día cedió a esa fascinación y entabló conversación con un hombre que se fijó en ella con el mismo descaro.

Vio un breve brillo en los ojos del desconocido, como si notara el calor que sentía ella de repente. Se le dibujó una sonrisa despectiva en los labios, sacudió la cabeza, con discreción pero con la suficiente desfachatez para enojar a Isabella de inmediato. Bajó la mirada hacia los bordes de color marrón claro que dejaba el café en su taza.

No cabía duda de que era un gesto de desaprobación, seguro que por haberse atrevido a devolverle la mirada, aunque él la observara de manera tan ofensiva e indecorosa.